LIBRO dot.com

EL HOTEL AZUL

STEPHEN CRANE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

El Hotel Palace, de Fort Romper, estaba pintado de un color azul claro, matiz que puede observarse en las patas de una especie de garza, lo cual hace que el ave revele su posición contra cualquier fondo. El Hotel Palace, por lo tanto, siempre estaba vociferando y chillando de una manera que daba al deslumbrante paisaje invernal de Nebraska la mera apariencia de un silencioso pantano gris. Se erguía aislado en la pradera, y cuando caía la nieve no se podía distinguir el pueblo, que se encontraba a una distancia de doscientos metros. Pero, cuando el pasajero bajaba en la estación de ferrocarril, tenía que pasar por el Hotel Palace antes de llegar al conjunto de casas bajas, construidas con tablas, que componían Fort Romper, y estaba descartado que un viajero pudiese pasar frente al Hotel Palace sin echarle una mirada. Pat Scully, el propietario, había demostrado ser un maestro de la estrategia al elegir sus colores. Es cierto que en los días de cielo despejado, cuando los grandes expresos transcontinentales, largas hileras de oscilantes coches pullman, se precipitaban a través de Fort Romper, los pasajeros se sentían confundidos por el espectáculo, y la persona culta que conoce los castaños rojizos y las subdivisiones de los verdes oscuros del este, manifestaba vergüenza, compasión y horror en una carcajada. Pero para los ciudadanos de este pueblo de la pradera, así como para todos aquellos que tenían por costumbre detenerse allí, Pat Scully había realizado una hazaña. Los credos, clases y egolatrías que atravesaban Romper sobre los rieles día tras día no tenían ningún color en común con esta opulencia y esplendor.

Como si los encantos desplegados por semejante hotel azul no fuesen por sí suficientemente seductores, Scully tenía la costumbre de esperar todas las mañanas y tardes a los pausados trenes que se detenían en Romper y ejercer sus persuasivos argumentos sobre cualquier individuo que pudiese observar en actitud irresoluta, con la maleta en la mano.

Una mañana, cuando una locomotora cubierta de nieve arrastró tras de sí una larga fila de vagones de carga y un único vagón de pasajeros, Scully realizó el prodigio de atrapar a tres hombres. Uno era un sueco vacilante y de mirada penetrante, que llevaba una valija barata, grande y lustrosa; otro era un vaquero alto y tostado por el sol, que se dirigía a una hacienda próxima a la frontera de Dakota; y el tercero era un hombrecito silencioso del este, que no aparentaba serlo y no dijo que lo era. Scully hizo prácticamente de ellos sus prisioneros. Se mostraba tan expedito, alegre y amable que cada uno de ellos probablemente sintió que hubiese sido el colmo de la brutalidad tratar de escapar. Se pusieron a caminar con gran dificultad por el crujiente entarimado de la acera, en pos del pequeño irlandés vehemente. Éste llevaba puesta una pesada gorra de piel que le ceñía la cabeza hasta los ojos. Esto hacía que las orejas sobresalieran, muy tiesas, como si fueran hechas de hojalata.

Finalment, Scully, afectadamente, con ruidosas demostraciones de hospitalidad, los condujo a través del portal del hotel azul. Entraron en una habitación muy pequeña. Aparentaba ser apenas un templo apropiado para la enorme estufa que, en el centro, zumbaba con la violencia de un dios. El hierro se había vuelto luminoso en varios puntos de la superficie y brillaba con luz amarilla a causa del calor. El hijo de Scully y Johnnie, jugaba al "HighFive", al lado de la estufa, con un viejo granjero cuyas barbas eran a un mismo tiempo grises y rojizas. Se peleaban. El viejo granjero volvía a menudo el rostro hacia una caja de aserrín -que había tomado un color marrón por el jugo del tabaco- colocada detrás de la estufa, y escupía con aire de gran impaciencia e irritación. Scully, con ruidosa profusión de palabras, destruyó el juego de naipes y despachó a su hijo hacia el piso de arriba con una parte del equipaje de los nuevos huéspedes. El mismo los condujo hacia tres piletas llenas del

agua más fría que pueda imaginarse. El vaquero y el hombre del este se pulieron en esta agua hasta ponerse de un rojo encendido, al punto de que pudiera creerse que el líquido era una especie de lustra metales. El sueco, en cambio, se limitó a sumergir sus dedos con cautela y temor.

Resultaba notable que, en el curso de toda esa serie de pequeñas ceremonias, los tres viajeros se vieran llevados a sentir que Scully era muy benevolente. Les estaba otorgando grandes favores. Pasaba la toalla de uno a otro con un aire de impulso filantrópico.

Después se dirigieron a la primera habitación y, sentados alrededor de la estufa, escucharon la oficiosa algarabía de Scully contra sus hijas, quienes estaban preparando el almuerzo. Se quedaron meditando con ese silencio de hombres experimentados que se mueven cuidadosamente entre gente recién conocida. Con todo, el viejo granjero, fijo e irreducible en su silla próxima a la parte más caliente de la estufa, a menudo volvía el rostro de la caja de aserrín y dirigía un vehemente lugar común a los forasteros. En general, recibía en contestación frases cortas pero correctas, ya sea del vaquero o del hombre del este. El sueco no decía nada. Parecía estar ocupado en formarse juicios furtivos sobre cada uno de los hombres de la habitación. Se podría pensar que estaba poseído por ese sentimiento de absurda desconfianza que proviene de la culpa. Parecía un hombre sumamente asustado.

Más tarde, durante la comida, habló un poco, dirigiendo exclusivamente su conversación hacia Scully. Informó espontáneamente que había venido de Nueva York, donde durante diez años había ejercido el oficio de sastre. Scully dio a entender que estos hechos le resultaban fascinantes y, más tarde, informó espontáneamente que hacía catorce años que vivía en Romper. El sueco hizo preguntas sobre las cosechas y las condiciones de trabajo. Apenas si parecía escuchar las amplias respuestas de Scully. Sus ojos continuaban vagando de un hombre a otro.

Finalmente, con una risa y un guiño, dijo que algunas de estas comunidades del oeste eran muy peligrosas; y, habiendo hecho esta declaración, enderezó las piernas bajo la mesa, inclinó la cabeza y se puso a reír de nuevo, ruidosamente. Era evidente que esta manifestación no tenía ningún sentido para los demás. Lo miraron extrañados y en silencio.

II

Cuando los hombres volvieron lentamente en tropel a la habitación que daba a la calle, las dos pequeñas ventanas presentaron escenas de un tumultuoso mar de nieve. Los enormes brazos del viento hacían esfuerzos -poderosos, circulares, vanos- para abarcar los copos mientras éstos huían. Un pilar de portal, semejante a un hombre inmóvil de rostro pálido, se erguía en medio de la furia desencadenada. En tono cordial, Scully anunció la aparición de una ventisca. Los huéspedes del hotel azul, encendiendo sus pipas, asintieron con gruñidos de perezosa satisfacción masculina. Ninguna isla del mar podía estar más protegida que esa pequeña habitación con su estufa susurrante. Johnnie, el hijo de Scully, en un tono que expresaba la opinión que le merecía su habilidad de jugador de naipes, desafió al viejo granjero cuyas barbas eran a un mismo tiempo grises y rojizas, a un partido de "High-Five". El granjero aceptó con un gesto de escarnio desdeñoso y mordaz. Se sentaron cerca de la estufa, y ajustaron sus rodillas debajo de una ancha tabla. El vaquero y el hombre del este observaron el juego con interés. El sueco se mantuvo apartado, cerca de la ventana, pero en una actitud que denotaba señales de una inexplicable excitación.

El partido de Johnnie y el viejo de la barba gris terminó de pronto con otra pelea. El viejo se levantó, lanzando una mirada de furioso desdén en dirección a su adversario. Se abotonó lentamente el saco y luego, caminando con paso majestuoso, se retiró con absurda dignidad de la habitación. En medio del discreto silencio de todos los demás hombres, el sueco se rió. Su risa sonaba algo infantil. Ya los otros hombres habían comenzado a mirarlo de soslayo, como si quisieran averiguar qué preocupaciones tenía.

Se formó alegremente un nuevo partido. El vaquero se ofreció para ser compañero de Johnnie, y luego todos se volvieron para pedirle al sueco que añadiese su suerte a la del hombrecito del este. El sueco hizo algunas preguntas relativas al juego y, al enterarse de que se lo conocía por varios nombres y que él lo había jugado bajo otro, aceptó la invitación. Dio nerviosamente una zancada en dirección a los hombres, como si esperase ser asaltado. Se sentó, finalmente; se puso a observar los rostros uno a uno y rió en tono agudo. Esta risa era tan extraña que el hombre del este levantó rápidamente los ojos, el vaquero se quedó mirándolo con atención y la boca abierta, y Johnnie se detuvo, sosteniendo las cartas con los dedos inmóviles.

Después se produjo un breve silencio. Luego Johnnie dijo:

-Bueno, jugaremos. ¡Vamos, adelante! Empujaron sus sillas hacia adelante, hasta juntar sus rodillas bajo la tabla. Comenzaron a jugar, y el interés que les suscitaba el juego hizo que los demás olvidaran el comportamiento del sueco.

El vaquero era un castigador de mesas. Cada vez que tenía cartas ganadoras las tiraba, una a una, con fuerza innecesaria sobre la mesa improvisada y tomaba las bazas con un aire resplandeciente de destreza y orgullo que provocaba estremecimientos de indignación en los corazones de sus adversarios. Un partido que incluye a un castigador de mesas no puede dejar de volverse intenso. El semblante del hombre del este y del sueco presentaban un aspecto lastimoso cada vez que el vaquero los fulminaba con ases y reyes, mientras que Johnnie, con los ojos brillantes de gozo, reía y reía entre dientes.

A causa del juego absorbente, nadie prestaba atención a las actitudes raras del sueco. Se atenían estrictamente al juego. Finalmente, mientras se repartía una nueva mano en medio del silencio, el sueco le habló súbitamente a Johnnie:

-Supongo que muchos hombres han sido asesinados en esta habitación.

Los demás quedaron con la boca abierta y lo miraron.

-¿De qué diablos está usted hablando? -dijo Johnnie.

El sueco rió de nuevo con su risa estruendosa, lleno de una especie de falso coraje y desafío. -Oh, usted sabe muy bien lo que quiero decir -contestó.

-¡Si lo sé, entonces estoy mintiendo! -protestó Johnnie.

El juego se interrumpió y los hombres miraron fijamente al sueco. Johnnie sintió sin duda que como hijo del propietario le correspondía hacer una pregunta directa.

-Bueno, ¿adónde quiere ir a parar, señor? -preguntó.

El sueco le guiñó el ojo. Era un guiño lleno de malicia. Sus dedos temblaban en el borde de la mesa.

-Oh, a lo mejor usted cree que no estuve en ninguna otra parte. ¿A lo mejor piensa que soy un novato?

-No sé nada de usted -contestó Johnnie-, y me importa un comino dónde ha estado usted. Todo lo que quiero decirle es que no sé adónde quiere usted ir a parar. Nunca asesinaron a nadie en esta habitación.

El vaquero, que había estado mirando constantemente al sueco, habló entonces:

-¿Qué es lo que le pasa, señor?

El sueco tuvo, aparentemente, la impresión de que era objeto de una formidable amenaza. Se estremeció y se le formaron dos manchas pálidas en las comisuras de la boca. Lanzó una

mirada suplicante en dirección al pequeño hombre del este. No se olvidó, en el ínterin, de ostentar un aire de valor alcohólico extremo.

-Dicen que no saben lo que quiero decir -le comentó burlonamente el hombre del este.

Este último contestó, después de meditar larga y cautelosamente:

-No lo entiendo -dijo en tono impasible.

El sueco hizo un gesto que indicaba que se consideraba traicionado por la única parte donde había esperado encontrar comprensión o ayuda.

-Oh, ya veo que están todos contra mí. Ya veo...

El vaquero se encontraba en un estado de profundo asombro.

-Oiga -exclamó, al mismo tiempo que dejaba caer con violencia la baraja sobre la mesa-, oiga, ¿adónde quiere ir a parar, ¿eh?

El sueco se levantó de un salto, con la rapidez de un hombre que escapa de una serpiente en el piso.

-¡No quiero pelear! -gritó-. ¡No quiero pelear!

El vaquero extendió sus largas piernas indolente y deliberadamente. Tenía las manos en los bolsillos. Escupió en la caja de aserrín.

-Bueno, ¿quién diablos dijo eso? -preguntó. El sueco retrocedió velozmente hacia un rincón de la habitación. Había extendido las manos frente al pecho en un gesto de protección, pero hacía esfuerzos evidentes para controlar su temor.

-¡Señores -dijo con voz trémula-, supongo que me van a matar antes de que pueda salir de esta casa! ¡Supongo que me van a matar antes de que pueda salir de esta casa!

-Tenía en los ojos, la mirada de un cisne moribundo. Se podía observar, a través de las ventanas, cómo la nieve se volvía azulada en la sombra del crepúsculo. El viento atormentaba la casa y algún objeto suelto golpeaba regularmente contra las tablas como un espíritu que estuviese llamando.

Una puerta se abrió y entró Scully en persona. Se detuvo, sorprendido, al notar la trágica actitud del sueco. Luego dijo:

-¿Qué pasa aquí?

El sueco le contestó rápida y ansiosamente: -Estos hombres me van a matar.

-¡Lo van a matar! -exclamó Scully-. ¡Lo van a matar! ¿De qué está hablando?

El sueco hizo el gesto de un mártir.

Scully se dio vuelta para mirar severamente a su hijo.

-¿Qué significa esto, Johnnie?

El muchacho había adoptado una expresión malhumorada.

-Maldito si lo sé -contestó-. No logro encontrarle sentido. -Comenzó a barajar las cartas, irritado, hasta juntarlas con un golpe seco-. Dice que una buena cantidad de hombres han sido asesinados en esta habitación, o algo por el estilo. Y dice que a él también lo van a matar aquí. No sé lo que le pasa. Es un loco, no debiera asombrarme.

Entonces Scully miró al vaquero, en busca de una explicación, pero éste se limitó a encogerse de hombros.

-¿Matarlo? -le dijo Scully de nuevo al sueco. ¿Matarlo? Hombre, usted no está en sus cabales.

-Oh, lo sé -estalló el sueco-. Sé lo que va a pasar. Sí, estoy loco..., sí. Sí, claro, estoy loco..., sí. Pero sé una cosa... -Algo como la desdicha y el terror hicieron correr el sudor por su rostro. -Sé que no voy a salir vivo de aquí.

El vaquero respiró hondo, como si su mente estuviese pasando por las últimas etapas de la confusión.

-Bueno, que me cuelguen -murmuró para sí mismo.

Scully giró súbitamente sobre sus talones y encaró a su hijo:

-¡Estuviste molestando a este hombre!

La voz de Johnnie sonó alta bajo el peso de la injusticia.

-¡Vaya! Dios mío, si no le hice nada. El sueco se interpuso:

-Señores, no se alteren. Dejaré esta casa. Me iré, porque... -los acusó con una mirada dramática-, porque no quiero que me maten. Scully estaba furioso con su hijo.

-¿Me vas a decir qué es lo que pasa, hijo del demonio? ¿Qué es lo que pasa, de todos modos? ¡Habla de una vez!

-¡Maldición! -exclamó Johnnie con desesperación-. ¿No te estoy diciendo que no lo sé? El... él dice que lo queremos matar, y eso es todo lo que sé. No puedo saber qué le pasa.

El sueco seguía repitiendo:

-No importa, señor Scully; no importa. Saldré de esta casa. Me iré, porque no quiero que me maten. Sí, claro, estoy loco..., sí. ¡Pero hay una cosa que sé! Me iré. Saldré de esta casa. No importa, señor Scully; no importa. Me iré.

-Usted no se va a ir -dijo Scully-. No se va a ir hasta que yo sepa la causa de este asunto. Si alguien lo ha molestado, yo me ocuparé de él. Esta es mi casa. Usted está bajo mi techo y no permitiré que se moleste a ningún hombre pacífico aquí. -Lanzó una terrible mirada en dirección a Johnnie, al vaquero y al hombre del este.

-No importa, señor Scully; no importa. Me iré. No quiero que me maten.

El sueco se dirigió hacia la puerta que daba a la escalera. Era evidente que tenía la intención de buscar inmediatamente su equipaje.

-No, no -gritó Scully perentoriamente; pero el hombre de rostro pálido pasó a su lado y desapareció.

-Ahora bien -dijo Scully con severidad-, ¿qué significa esto?

Johnnie y el vaquero gritaron al mismo tiempo:

-¡Si no le hicimos nada!

Los ojos de Scully eran fríos:

-No -dijo él-; ¿seguro que no? Johnnie lanzó una profunda maldición.

-Si éste es el idiota más grande que he visto. No le hicimos absolutamente nada. Todo lo que hacíamos era estar aquí sentados jugando a las cartas, y él...

El padre le habló súbitamente al hombre del este:

-Señor Blanc -preguntó-, ¿qué han estado haciendo estos muchachos?

El hombre del este reflexionó otra vez.

-Por mi parte, no he observado nada malo

-dijo, al fin, lentamente.

Scully comenzó a dar alaridos.

-¿Pero qué significa esto?

-Lo miró con ferocidad a su hijo-. Creo que voy a azotarte por esto, muchacho.

Johnnie se puso frenético.

-Bueno, ¿qué hice yo? -chilló en dirección a su padre.

III

-Me parece que ustedes tienen atada la lengua -dijo finalmente Scully, dirigiéndose a su hijo, al vaquero y al hombre del este; y, después de lanzar esta frase desdeñosa, salió rápidamente de la habitación.

El sueco, en el piso de arriba, apretaba velozmente las correas de su gran valija. En determinado momento, se encontró medio vuelto de espaldas hacia la puerta y escuchando allí un ruido, se volvió de un salto con un fuerte grito. El rostro arrugado de Scully parecía feroz a la luz de la pequeña lámpara que llevaba en la mano. Este fulgor amarillo iluminaba hacia arriba sólo sus facciones salientes y dejaba sus ojos, por ejemplo, en misteriosa sombra. Parecía un asesino.

-¡Hombre! ¡Hombre! -exclamó-. ¿Se ha vuelto usted loco?

-¡Oh, no! ¡Oh, no! -replicó el otro-. Hay personas en este mundo que saben casi tanto como usted..., ¿entiende?

Durante unos instantes quedaron mirándose fijamente uno al otro. Sobre las mejillas mortalmente pálidas del sueco se habían formado dos manchas de brillante color carmesí y bordes netos, como si las hubieran pintado con esmero. Scully colocó la lámpara sobre la mesa y se sentó en el borde de la cama. Habló en tono reflexivo.

-Caramba, nunca escuché una cosa semejante en mi vida. Es de lo más confuso. No puedo, se lo juro, entender cómo llegó usted a meterse esa idea en la cabeza. Al poco rato alzó los ojos y preguntó: -¿Y realmente pensó usted que lo iban a matar? El sueco escrudriñó al viejo como si quisiera leer en su mente.

-Sí -dijo finalmente. Sospechaba, sin duda, que su contestación precipitaría un estallido. Le temblaba todo el brazo, mientras tiraba de una correa, y el codo se agitaba como un pedazo de papel.

Scully dio un golpe imponente con la mano en la barandilla del pie de la cama.

-¡Cómo! Hombre, en la próxima primavera vamos a tener una línea de tranvías eléctricos en esta ciudad.

-Una línea de tranvías eléctricos -repitió el sueco estúpidamente.

-Y -dijo Scully- se va a construir un nuevo ferrocarril desde Broken Arm hasta aquí. Para no mencionar las cuatro iglesias y la fantástica nueva escuela de ladrillos. Luego también está el proyecto de la gran fábrica. ¡Cómo! En dos años, Romper será una gran me-tró-po-li.

Al terminar de preparar su equipaje, el sueco se enderezó.

-Señor Scully -dijo con súbita temeridad-; ¿cuánto le debo?

-No me debe nada -dijo el viejo en tono enojado.

-Sí, que le debo -replicó el sueco. Sacó setenta y cinco centavos de dólar del bolsillo y se-los alargó a Scully; pero este último chasqueó los dedos en un gesto desdeñoso de rechazo. Con todo, resultó que ambos se quedaron mirando de una manera rara las tres piezas de plata en la palma abierta de la mano del sueco.

-No voy a tomar su dinero -dijo Scally, finalmente-. No después de lo que ha pasado aquí. -Entonces pareció tener una idea.

-Por aquí -exclamó, recogiendo la lámpara y dirigiéndose hacia la puerta-. ¡Por aquí! Venga conmigo un minuto.

-No -dijo el sueco, con terrible alarma.

-Sí -instó el viejo-. ¡Vamos! Quiero que venga y vea una foto..., justo al otro lado del pasillo.., en mi habitación.

El sueco debió haber llegado a la conclusión de que había sonado su hora. Se quedó con la boca abierta y se le asomaron los dientes como a un hombre muerto. Acabó por seguir a Scully a través del pasillo, pero tenía el paso de alguien que arrastra cadenas.

Scully iluminó con la lámpara en alto la pared de su propio dormitorio. La claridad reveló la ridícula fotografía de una niña. Se apoyaba sobre una barandilla suntuosamente decorada, y el formidable flequillo de su cabello era prominente. La figura tenía la gracia de un trineo puesto en posición vertical y además era de un tinte plomizo.

-Ahí tiene -dijo Scully con ternura-, ésa es la foto de mi hijita que murió. Se llamaba Carrie. ¡Tenía el cabello más bonito que se pueda imaginar! Yo la quería mucho, ella...

En ese momento se dio vuelta y vio que el sueco no miraba la foto sino que mantenía una cuidadosa vigilancia en dirección a la oscuridad del fondo de la habitación.

-¡Mire, hombre! -exclamó Scully cordialmente-. Esa es la foto de mi hija que murió. Se llamaba Carrie. Y aquí está la de mi hijo mayor, Michael. Es abogado en Lincoln y le va muy bien. Le di a ese muchacho una magnífica educación, y ahora estoy contento de haberlo hecho. Es un excelente muchacho. Mírelo ahora. Verdad que demuestra un tremendo atrevimiento al instalarse allí en Lincoln; ¡un caballero a quien se honra y respeta! ¡Un caballero a quien se honra y respeta! -concluyó Scully, con una rúbrica. Y, al decir estas palabras, le dio al sueco un golpe jovial en la espalda. El sueco sonrió débilmente-. Ahora bien -dijo el viejo-, hay una sola cosa más.

Se dejó caer súbitamente al piso e introdujo la cabeza debajo de la cama. El sueco podía escuchar su voz amortiguada.

-La guardaría bajo mi almohada si no fuese por este muchacho Johnnie. Además, está la vieja... ¿Dónde se ha metido, ahora? Nunca la pongo dos veces seguidas en el mismo lugar. ¡Ah, a ver si apareces!

Al poco rato retrocedió torpemente debajo de la cama, arrastrando con él una vieja chaqueta hecha un rollo.

-La encontré -murmuró. Arrodillándose en el piso, deshizo el rollo y del centro sacó una gran botella de whisky de color castaño amarillento.

Su primera maniobra consistió en sostener la botella en alto contra la luz. Una vez asegurado, en apariencia, de que nadie había tocado clandestinamente su botella, se la alargó al sueco con gesto generoso.

El sueco de débiles rodillas estaba a punto de coger ansiosamente este elemento de vigor, pero la apartó de improviso con un gesto brusco de la mano, a la vez que lanzaba a Scully una mirada de horror.

-Beba -dijo el viejo en tono afectuoso.

Se había levantado y estaba ahora frente al sueco.

Se produjo un silencio. Entonces Scully dijo de nuevo:

-¡Beba!

El sueco se puso a reír desatinadamente. Agarró la botella y la llevó a la boca; y mientras sus labios se fruncían en forma absurda alrededor del pico y su gaznate subía y bajaba, mantuvo su mirada, brillante de odio, en el rostro del viejo.

IV

Después que Scully salió, los tres hombres sosteniendo aún la mesa de barajas sobre las rodillas, guardaron durante mucho tiempo un silencio de asombro. Luego Johnnie dijo:

-Este es el sueco más chiflado que he conocido.

-No es ningún sueco -dijo el vaquero desdeñosamente.

-Bueno, ¿entonces qué es? -gritó Johnnie-. ¿Qué es?

-En mi opinión -replicó el vaquero en tono circunspecto-, algo así como un holandés. -Era una costumbre venerable del lugar llamar suecos a todos los hombres de pelo rubio que hablaban lento. En consecuencia, la ocurrencia del vaquero no dejaba de ser un tanto osada.-Sí, señor -repitió-. En mi opinión, este tipo debe ser algo así como un holandés.

-Bueno, de todos modos dice que es sueco -murmuró Johnnie, en tono resentido. Se volvió hacia el hombre del este-. ¿Qué le parece a usted, señor Blanc?

-Oh, no lo sé -replicó el hombre del este.

-Bueno, según usted, ¿por qué se porta de esa manera? -preguntó el vaquero.

-¡Cómo! Está asustado. -El hombre del este golpeó su pipa contra el borde de la estufa-. Es evidente que está loco de miedo.

-¿De qué? -exclamaron al mismo tiempo Johnnie y el vaquero.

El hombre del este reflexionó sobre la respuesta a dar.

-¿De qué? -exclamaron los otros nuevamente.

-Oh, no lo sé, pero me parece que este hombre ha estado leyendo novelas baratas, y se imagina que se encuentra en pleno centro de todos los... tiros, las puñaladas, y todo lo restante.

-Pero -dijo el vaquero, profundamente escandalizado-, esto no es Wyoming, ni ninguno de esos lugares. Esto es Nebraska.

-Sí -agregó Johnnie-, ¿y por qué no espera hasta llegar allá al oeste?

El hombre del este, acostumbrado a los viajes, rió.

-Ni aun allí son distintas las cosas..., no hoy en día. Pero el sueco cree que se encuentra en medio mismo del infierno.

Johnnie y el vaquero meditaron largamente.

-Esto es terriblemente cómico -observó Johnnie, al fin.

-Sí -dijo el vaquero-. Esto es un juego extraño. Espero que no quedemos encerrados por la nieve, pues de lo contrario tendremos que aguantar a este hombre a nuestro alrededor todo el tiempo. Y eso no sería bueno.

-Ojalá que mi padre lo eche -dijo Johnnie. Al poco rato escucharon fuertes pisadas, en la escalera, acompañadas de ruidosas chanzas en la voz del viejo Scully y de risas, provenientes éstas sin duda del sueco. Los hombres alrededor de la estufa se miraron estúpidamente unos a otros.

-¡Caramba! -dijo el vaquero.

La puerta se abrió de golpe y el viejo Scully, sonrosado y locuaz, entró en la habitación. Charlaba con el sueco, quien lo seguía riéndose esforzadamente. Entraban como dos fanfarrones que salen de una sala de banquetes.

-Vamos -dijo Scully en tono cortante a los tres hombres sentados-, apártense y háganos lugar junto a la estufa.

El vaquero y el hombre del este juntaron obedientemente sus sillas para hacer lugar a los recién llegados. Johnnie, no obstante, se limitó a acomodarse en una actitud más indolente, y luego se quedó inmóvil.

-¡Vamos! Córrete para allá -dijo Scully.

-Hay mucho lugar del otro lado de la estufa -dijo Johnnie.

-¿Te parece que queremos sentarnos en la corriente de aire? -rugió el padre.

Pero el sueco se interpuso con grandilocuente condescendencia.

-No, no. Deje que el muchacho se siente donde quiera -exclamó en un tono fanfarrón, dirigiéndose al padre.

-¡Muy bien! ¡Muy bien! -dijo Scully, en tono respetuoso.

El vaquero y el hombre del este cruzaron miradas de asombro. Las cinco sillas quedaron dispuestas en forma de media luna alrededor de uno de los costados de la estufa. El sueco comenzó a hablar; lo hizo con arrogancia, desplantes y enojo, Johnnie, el vaquero y el hombre del este se mantuvieron en silencio malhumorado, mientras el viejo Scully demostraba un aire atento y ansioso, interrumpiendo constantemente al sueco con exclamaciones de simpatía.

Finalmente, el sueco declaró que tenía sed. Se movió en la silla y dijo que iría a buscar un vaso de agua.

-Se lo buscaré yo -exclamó Scully, de inmediato.

-No -dijo el sueco en tono desdeñoso-. Iré a buscarlo yo mismo.

Se levantó y se dirigió con pasos majestuosos, ostentado los modales de un propietario, hacia las dependencias del hotel.

-Allá arriba creyó que yo trataba de envenenarlo.

-Oye -dijo Johnnie-, todo esto me da asco. ¿Por qué no lo echas en medio de la nieve?

-¡Si ahora se porta bien! -declaró Scully-. Lo que pasa era que él venía del este y creía que estaba en un sitio peligroso. Eso es todo. Ahora ya está bien.

El vaquero miró con admiración al hombre del este.

-Usted tenía razón -dijo-. Usted estaba en lo cierto con respecto a este holandés.

-Bueno -dijo Johnnie a su padre-, puede que esté bien ahora, pero yo no lo veo. Antes estaba asustado, pero ahora se puso demasiado fresco.

El lenguaje de Scully resultaba siempre una mezcla de acento y modismos irlandeses, tonillos nasales y modismos del oeste, y fragmentos de lenguaje curiosamente formales, sacados de libros de historia y periódicos. Se puso ahora a lanzar a la cabeza de su hijo una extraña masa idiomática.

-¿Qué es lo que tengo? ¿Qué es lo que tengo? ¿Qué es lo que tengo?-preguntó en voz tonante. Se dio una palmada imponente en la rodilla, como si quisiera indicar con ello que él mismo iba a contestar y que todos debían escuchar-. Tengo un hotel -gritó-. Un hotel, ¿se dan cuenta? Un huésped bajo mi techo tiene privilegios sagrados. Nadie puede amedrentarlo. No se debe pronunciar una sola palabra que pueda predisponerlo a tomar la decisión de marcharse. No lo admitiré. No hay un solo lugar en este pueblo que pueda decir que aceptó uno de mis huéspedes porque tenía miedo de quedarse aquí. -Se volvió de improviso hacia el vaquero y al hombre del este: -¿Tengo razón?

-Sí, señor Scully-dijo el vaquero-. Creo que tiene razón.

-Sí, señor Scully -dijo el hombre del este-. Creo que tiene razón.

V

A las seis sirvió la cena y el sueco chisporroteó como una rueda de fuegos artificiales. A veces parecía a punto de estallar en una canción desenfrenada, y el viejo Scully lo alentaba en toda su locura. El hombre del este se había encerrado en una actitud reservada; el vaquero estaba sentado con la boca abierta de sorpresa, olvidándose de comer, mientras Johnnie arrasaba con cólera grandes platos de comida. Las hijas de la casa, siempre que se veían obligadas a reponer los bizcochos, se aproximaban cautelosamente como indios y, habiendo logrado su propósito, se escapaban con mal disimulado azoramiento. El sueco dominaba todo el festín, y le daba la apariencia de una cruel bacanal. Parecía, de pronto, haber crecido; miraba con fijeza, brutalmente desdeñoso, a cada uno en el rostro. Su voz resonaba a través de la habitación. En una oportunidad, al pinchar con su tenedor, a la manera de un arpón, un bizcocho que quería sujetar, el arma casi se clavó en la mano del hombre del este, quien la había extendido tranquilamente hacia el mismo bizcocho.

Después de la cena, mientras los hombres desfilaban hacia la otra habitación, el sueco le dio a Scully un golpe despiadado en el hombro. .

-Bueno, viejo, eso sí que fue una comida buena y abundante.

Johnnie miró esperando a su padre; sabía que tenía el hombro delicado a raíz de una antigua caída; y, en realidad, Scully dio la impresión de que iba a enfurecerse sobre el particular, pero acabó por sonreír débilmente y no dijo nada. Los otros entendieron, por su actitud, que aceptaba su responsabilidad por el nuevo punto de vista del sueco.

Con todo, Johnnie le habló a su padre en un aparte:

-¿Por qué no le das permiso a alguien para que lo tire de una patada por la escalera?

Scully miró a su hijo y frunció sombríamente el ceño a guisa de respuesta.

Cuando se reunieron alrededor de la estufa, el sueco insistió para que jugaran otra partida de "High-Five". Al principio Scully desaprobó, con tiento, el plan, pero el sueco lo envolvió en una fiera mirada. El viejo desistió de su intento de oponerse, y el sueco examinó a los otros. En su tono persistía siempre una gran amenaza. El vaquero y el hombre del este declararon ambos, con indiferencia, que jugarían. Scully dijo que pronto tendría que ir a esperar el tren de las seis y cincuenta y ocho, así que el sueco se volvió con expresión amenzadora hacia Johnnie. Durante unos instantes sus miradas se cruzaron como hojas de espadas y luego Johnnie sonrió y dijo.

-Sí, jugaré.

Formaron un cuadrado, con la pequeña tabla sobre sus rodillas. El hombre del este y el sueco fueron nuevamente compañeros. Al irse desarrollando el juego, se hizo evidente que el vaquero no golpeaba la mesa como de costumbre. Mientras tanto, Scully, cerca de la lámpara, se había puesto las gafas y, con un aspecto curiosamente parecido al de un viejo cura, leía el diario. En su momento fue a esperar el tren de las seis y cincuenta y ocho y, no obstante sus precauciones, una ráfaga de viento polar remolineó en la habitación al abrir la puerta. Además de dispersar las cartas, el viento heló a los jugadores hasta la médula. El sueco maldijo en forma terrible. Cuando Scully volvió, su entrada perturbó una escena agradable y amigable. El sueco maldijo nuevamente. Pero pronto estuvieron otra vez atentos, con las cabezas inclinadas hacia adelante y moviendo rápidamente las manos. El sueco había adoptado la costumbre de golpear la mesa.

Scully volvió a tomar el diario y durante un rato largo se sumergió en asuntos que eran extraordinariamente remotos. La lámpara daba poca luz y, en una oportunidad, se detuvo para ajustar la mecha. El diario, cuando daba vuelta las páginas, crujía con un ruido lento y agradable. Entonces, de súbito, escuchó tres palabras terribles:

-¡Está haciendo trampa!

Tales escenas prueban a menudo que el ambiente puede tener poca importancia dramática en determinada situación. Cualquier habitación puede presentar un frente trágico; cualquier habitación puede resultar cómica. Este pequeño refugio se había vuelto ahora tan horrible como una cámara de tortura. Los nuevos rostros de los hombres mismos lo habían cambiado al instante. El sueco sostenía un puño enorme frente al rostro de Johnnie, mientras éste último clavaba una mirada firme, por encima del puño, en las órbitas incandescentes de su acusador. El hombre del este se había puesto pálido; la mandíbula del vaquero pendía en esa expresión de asombro bovino que constituía una de sus actitudes más típicas. Después de las tres palabras, el primer sonido que se escuchó en la habitación fue provocado por el diario de Scully, que se arrastraba, olvidado, a sus pies. También se le habían caído las gafas de la nariz, pero las había alcanzado en el aire justo a tiempo. La mano que asía las gafas había quedado ahora torpemente posada a la altura del hombro. Scully miraba fijamente a los jugadores de cartas.

Es probable que el silencio haya tenido la duración de un segundo. Luego los hombres se movieron, y no podrían haberlo hecho con mayor rapidez aunque les hubieran sacado el piso de debajo de los pies. Los cinco se habían arrojado en forma precipitada hacia un punto común. Resulta que Johnnie, cuando se levantó para lanzarse contra el sueco, había tropezado

ligeramente debido a una curiosa precaución instintiva por no volcar la tabla de juego y las cartas. Ese instante de vacilación le permitió a Scully llegar a su lado y también le permitió al vaquero darle al sueco un gran empujón, que lo hizo retroceder tambaleando. Los hombres recuperaron el habla al mismo tiempo, y roncos gritos de furia, ruego o aun miedo, brotaron de todas las gargantas. El vaquero empujaba y codeaba febrilmente al sueco, y el hombre del este y Scully se aferraban con violencia a Johnnie; pero a través del aire cargado de humo, por encima de los oscilantes cuerpos de los pacificadores, los ojos de los dos guerreros se buscaban continuamente con miradas de desafío a un mismo tiempo fogosas y duras.

Naturalmente, la tabla de juego se había volcado y ahora todo el mazo de cartas yacía disperso por el suelo, donde las botas de los hombres pisoteaban los gordos y pintados reyes y reinas, quienes contemplaban con sus estúpidos ojos la guerra emprendida por encima de ellos.

La voz de Scully dominaba los gritos.

-¡Paren ya, les digo! Paren ya...

Johnnie, mientras se esforzaba por romper la barrera formada por Scully y el hombre del este, gritaba:

-Bueno, ¡él dice que hice trampa! ¡Dijo que hice trampa! ¡No permitiré que ningún hombre diga que hice trampa! Si dijo que hice trampa es un ...

El vaquero le decía al sueco:

-¡Quédese quieto! ¡Quédese quieto, oye!... Los gritos del sueco no se detenían. -¡Hizo trampa! ¡Lo vi! Lo vi...

En cuanto al hombre del este, insistía en una voz a la que nadie prestaba atención:

-Esperen un momento, ¿quieren? Oh, esperen un momento. ¿Para qué pelearse por un juego de cartas? Esperen un momento.

Ninguna frase se escuchaba con claridad en medio de este tumulto. "Trampa..." "Quédese quieto..." "Él dijo..." Estos fragmentos atravesaban el vocerío y resonaban agudamente. Resultaba notable que si bien Scully era sin duda el que hacía más ruido, era a quien menos se escuchaba en ese grupo tumultuoso.

Luego, de pronto, se produjo una gran quietud. Era como si cada uno de los hombres se hubiese detenido para cobrar aliento; y aunque el ambiente estaba aún encendido por la furia de los hombres, se podía observar que el peligro de un conflicto inmediato había desaparecido; entonces Johnnie, de inmediato, abiréndose paso con el hombro, logró casi enfrentarse con el sueco.

-¿Por qué dijo que yo había hecho trampa? ¿Por qué dijo que yo había hecho trampa? ¡No hago trampa y no permitiré que ningún hombre lo diga! El sueco dijo:

¡Lo vi! ¡Lo vi!

-Bueno -gritó Johnnie-. ¡Me pelearé con cualquier hombre que diga que hago trampa! -No, no lo hará -dijo el vaquero-. No aquí.

-Ah, quédense tranquilos, ¿quieren? -dijo Scully interponiéndose.

Se hizo suficiente silencio como para permitir que se escuchase la voz del hombre del este. Repetía:

-Oh, esperen un minuto, ¿quieren? ¿Para qué pelearse por un juego de cartas? ¡Esperen un momento!

Johnnie, asomando el rostro encendido por encima del hombro de su padre, interpeló de nuevo al sueco:

-¿Dijo usted que hice trampa? El sueco mostró los dientes.

-Sí.

-Entonces -dijo Johnnie-, tenemos que pelear.

-Sí, pelee -rugió el sueco. Estaba como endemoniado-. ¡Sí, pelee! ¡Le demostraré qué clase de hombre soy! ¡Le demostraré con quién quiere pelear! ¡Quizá crea usted que no sé pelear! ¡Quizá crea que no sé! ¡Se lo demostraré, pedazo de tramposo, fullero! ¡Sí, ¡usted hizo trampa!, ¡hizo trampa! ¡Hizo trampa!

-Bueno, comencemos entonces, señor -dijo Johnnie, fríamente.

La frente del vaquero estaba cubierta de sudor a causa de sus esfuerzos por atajar todo tipo de irrupciones. Se volvió con desesperación hacia Scully.

-¿Qué va usted a hacer ahora?

Se había producido un cambio en el rostro céltico del viejo. Parecía estar poseído por la impaciencia; sus ojos brillaban.

-Bueno, dejen que se peleen -contestó con voz fuerte-. No puedo tolerar esto más tiempo. He soportado a este maldito sueco hasta hartarme. Vamos a dejar que se peleen.

VI

Los hombres se prepararon para salir al aire libre. El hombre del este estaba tan nervioso que tenía gran dificultad en introducir los brazos dentro de las mangas de su saco nuevo de cuero. Al vaquero le temblaban las manos mientras se hundía la gorra de piel hasta cubrir las orejas. En realidad, Johnnie y el viejo Scully eran los únicos que no demostraban ninguna agitación. Estos preliminares se ejecutaron en silencio.

Scully abrió la puerta de un golpe. -Bueno, vamos -dijo.

En el mismo instante un viento terrible hizo vacilar la llama de la lámpara en la mecha, a la vez que una bocanada de humo negro brotaba de la chimenea. La estufa estaba situada en medio de la corriente, y su voz aumentó hasta equipararse al rugido de la tormenta. Algunas de las cartas mojadas y marcadas por las cicatrices fueron alzadas del suelo y arrojadas indefensas contra la pared. Los hombres bajaron la cabeza y se zambulleron en la tempestad como en un mar.

Ya no caía la nieve, pero vientos furiosos barrían del suelo grandes remolinos y nubes de copos que se precipitaban hacia el sur con la velocidad de balas. La tierra, cubierta de nieve, tenia el resplandor azul de un raso sobrenatural, y no se descubría oro matiz excepto en la estación de ferrocarril, baja y oscura -que parecía hallarse a una distancia increíble-, donde brillaba una luz semejante a una joya diminuta. Mientras los hombres se hundían en la nieve hasta los muslos, se pudo advertir que el sueco decía algo a los gritos. Scully se dirigió hacia él, le puso una mano en el hombro, y adelantó la oreja.

-¿Qué es lo que dijo? -gritó.

-Digo -vociferó de nuevo el sueco- que no me podré mantener mucho tiempo contra esta banda. Ustedes se van a lanzar todos contra mí.

Scully lo reprendió con un golpe en el brazo. -¡Basta, hombre! -gritó. El viento arrebató las palabras de los labios del Scully y las dispersó a sotavento a lo lejos.

Ustedes son todos una banda de... -bramó el sueco, pero la tormenta también se llevó el resto de su frase.

Volviendo de inmediato sus espaldas al viento, los hombres habían dado la vuelta por un ángulo del hotel hacia la parte protegida. La pequeña casa tenía como función conservar aquí, en medio de la gran desolación de la nieve una parcela de césped en forma de V densamente incrustado de hielo que crujía bajo los pies. Uno podía imaginar los grandes montones de

nieve apilados sobre el costado de barlovento. Cuando el grupo llegó a la relativa tranquilidad de este lugar, advirtió que el sueco seguía rugiendo:

-¡Oh, sé lo que pretenden! Yo sé que ustedes se van a lanzar todos contra mí. No puedo vencer a todos.

Scully se volvió hacia él como una pantera. Tendrá que zurrar a mi hijo Johnnie. Y el hombre que lo moleste en el ínterin tendrá que habérselas conmigo.

Las disposiciones se tomaron rápidamente. Los dos hombres se enfrentaron, obedientes a las ásperas órdenes de Scully, cuyo rostro, que podía advertirse en la leve luminosidad nocturna, tenía la fijeza de los austeros rasgos impersonales que caracterizan a los veteranos romanos. Los dientes del hombre del este castañeteaban y saltaba de un lado a otro como un juguete mecánico. El vaquero se mantenía inmóvil como una roca.

Los contendientes no se habían despojado de ninguna ropa. Cada uno de ellos llevaba puesta su vestimenta común. Habían levantado los puños y se miraban a los ojos con una calma que tenía elementos de crueldad leonina.

Durante esta pausa, la mente del hombre del este, como si fuese una película, registraba perdurables impresiones de los tres hombres: el maestro de ceremonias, de nervios de hierro; el sueco, pálido, inmóvil, terrible; y Johnnie, sereno pero feroz, brutal pero heroico. Todo este preludio era más trágico que la tragedia de la acción, y este aspecto se hallaba acentuado por el grito prolongado y melodioso de la ventisca, que arrastraba los copos a los tumbos y gemidos hacia el negro precipicio del sur.

-¡Ahora! -dijo Scully.

Los dos combatientes dieron un salto adelante y chocaron uno contra otro como bueyes. Se escucharon los sonidos amortiguados de los golpes y una maldición proferida entre dientes con esfuerzo por uno de ellos.

En cuanto a los espectadores, el aliento reprimido del hombre del este se liberó con un suspiro de alivio, un alivio total de la tensión de los preliminares. El vaquero dio un salto en el aire y lanzó un alarido. Scully se conservaba inmóvil, como si la violencia de la lucha que él mismo había permitido y concertado lo hubiera asombrado y atemorizado.

Durante un tiempo el combate en la oscuridad fue una confusión de brazos en el aire que no presentaba más detalles que una rueda al girar rápidamente. De cuando en cuando un rostro, como iluminado por un destello de luz, resplandecía lívido y marcado por manchas de color rosado. Un momento más tarde se hubiera tomado a los dos hombres por sombras si no fuera por las maldiciones proferidas involuntariamente y que surgían como murmullos. De pronto, en un impulso de impaciencia belicosa, el vaquero se precipitó hacia delante con la rapidez de un potro cerril.

-¡Dále, Johnnie! ¡Déle! ¡Mátalo! ¡Mátalo! Scully lo enfrentó.

-Vuelta para atrás -dijo; y por su mirada el vaquero pudo comprender que este hombre era el padre de Johnnie.

Para el hombre del este toda la pelea era de una monotonía total que tenia algo de abominable. Ese confuso desorden le resultaba eterno y se concentraba en la impaciencia del final, del inapreciable final. En una oportunidad, los luchadores tambalearon cerca de él y, mientras se retrocedía apresuradamente, los escuchó respirar como hombres en la tortura.

-¡Mátalo, Johnnie! ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! El rostro del vaquero estaba convulsionado como una de esas máscaras de agonía de los museos.

-Quédese quieto -dijo Scully en tono helado. Luego se escuchó un fuerte gruñido, incompleto, interrumpido bruscamente, y el cuerpo de Johnnie osciló hacia atrás y cayó con repugnante pesadez al suelo. Apenas si el vaquero tuvo tiempo para impedir que el furioso sueco se arrojase sobre su adversario caído boca abajo.

-No, espere -dijo el vaquero, interponiendo un brazo-. Espere un segundo.

Scully ya estaba al lado de su hijo.

-¡Johnnie! ¡Johnnie, hijo mío! -Su voz había adquirido un tono de melancólica ternura.- ¡Johnnie! ¿Puedes seguir peleando?

Hubo un momento de silencio, y entonces Johnnie contestó con su voz habitual:

-Sí, yo... lo... sí.

Ayudado por su padre, se levantó con esfuerzo.

-Espera un momento hasta que hayas recobrado el aliento -dijo el viejo.

A algunos pasos de distancia, el vaquero lo regañaba al sueco.

-¡No, espere! ¡Espere un segundo!

El hombre del este le tiraba a Scully de la manga. -Oh, basta ya -suplicó-. ¡Con esto basta! Dejen las cosas como están. ¡Con esto basta!

-Bill -dijo Scully-, retírate del paso.

El vaquero se hizo a un lado.

-¡Ahora!

Los combatientes se movían con nueva cautela mientras avanzaban hacia la colisión. Se miraron ferozmente, y luego el sueco lanzó, como un relámpago, un puñetazo en el que puso todo su peso. Johnnie se hallaba sin duda medio atontado por la debilidad, pero logró hurtar milagrosamente el cuerpo y su puño alcanzó al sueco falto de equilibrio y lo arrojó al suelo.

El vaquero, Scully y el hombre del este estallaron en una aclamación que sonaba como el coro de una soldadera triunfante, pero, antes que terminara, el sueco ya se había incorporado con agilidad y se abalanzaba con ciego abandono sobre su enemigo. Se produjo otra confusión de rápidos movimientos de brazos que volaban, y el cuerpo de Johnnie volvió a oscilar hacia atrás y caer al suelo, como un paquete que cae del tejado. De inmediato, el sueco se dirigió tambaleándose hacia un árbol agitado por el viento y se apoyó contra él, respirando como una locomotora, mientras sus ojos, salvajes y llameantes vagaban de rostro en rostro a medida que los hombres se iban inclinando sobre Johnnie. En ese momento había algo espléndido en el aislamiento de su situación, que el hombre del este percibió de pronto cuando, al alzar sus ojos del hombre en el suelo, contempló la figura misteriosa y solitaria que esperaba.

-¿Todavía te sientes en condiciones, Johnnie? -preguntó Scully con voz afligida.

El hijo luchó por respirar y abrió lánguidamente los ojos. Después de un rato contestó:

-No..., ya... no estoy... en condiciones. Entonces comenzó a llorar de vergüenza y dolor físico mientras las lágrimas abrían surcos sobre las manchas de sangre de su rostro.

-Él era demasiado... demasiado... demasiado pesado para mí.

Scully se enderezó y le habló a la figura que esperaba:

-Forastero -dijo con suavidad-, está todo terminado de nuestro lado. -Luego su voz adquirió esa ronquera vibrante que es en general el noto que toman las declaraciones más simples y fatales. Johnnie ha sido vencido.

Sin contestar, el vencedor se alejó por la carretera en dirección a la puerta de entrada del hotel. El vaquero profería nuevas e indecibles blasfemias. El hombre del este estaba alarmado al descubrir que se encontraban afuera en medio de un viento que parecía provenir directamente de los tenebrosos bancos de hielo árticos. Escuchó de nuevo el lamento de la nieve mientras era arrastrada hacia su tumba del sur. Ahora se daba cuenta de que el frío lo había penetrado cada vez más hondo y se sorprendió de no haber muerto. Se sintió indiferente ante la situación del hombre vencido.

Johnnie, ¿puedes caminar? -preguntó Scully.

-¿Logré lastimar... lastimarlo algo? -preguntó el hijo.

-¿Puedes caminar, muchacho? ¿Puedes caminar?

La voz de Johnnie se volvió de pronto enérgica. Había en ella una robusta impaciencia.

-¡Te pregunté si logré lastimarlo!

-Sí, sí, Johnnie -contestó el vaquero en tono consolador-, está muy lastimado.

Lo levantaron del piso y, apenas se hubo incorporado, se alejó tambaleando, rechazando todo ofrecimiento de ayuda. Al doblar la esquina, los que formaban el grupo se vieron totalmente enceguecidos por la lluvia de nieve que les quemaba el rostro como si fuera fuego. El vaquero lo llevó a Johnnie a través de la nieve hasta la puerta. Cuando entraron, algunas de las cartas se alzaron del suelo nuevamente y fueron a golpear contra la pared.

El hombre del este se precipitó hacia la estufa. Se sentía tan profundamente helado que casi se atrevió a abrazar al hierro incandescente. El sueco no se hallaba en la habitación. Johnnie se dejó caer en una silla y, rodeando las rodillas con los brazos, hundió en ellos el rostro. Scully, calentando un pie y luego el otro en uno de los bordes de la estufa, murmuraba para sí mismo con céltica tristeza. El vaquero se había sacado la gorra de piel y, con una expresión aturdida y terrible, se pasaba la mano por los bucles despeinados. Por encima de sus cabezas podían escuchar el crujido de las tablas mientras el sueco caminaba con pasos pesados de un lado a otro de la habitación.

El triste silencio fue interrumpido por el golpe súbito que dio, al abrirse, una de las puertas que conducía a la cocina. A ello se siguió, en el mismo instante, una invasión de mujeres. >e precipitaron sobre Johnnie en medio de un coro de lamentos. Antes de llevarse la presa a la cocina, para allí bañarlo y sermonearlo en esa mezcla de compasión y regaños que es hazaña común a su sexo, la madre se enderezó y fijó en el viejo Scully una mirada de severo reproche.

-¡Debieras avergonzarte, Patrick Scully! -exclamó-. ¡Y pensar que se trata de tu propio hijo! ¡Debieras avergonzarte!

-¡Basta ya! ¡Cállate de una vez! -dijo el viejo, con voz débil.

-Debieras avergonzarte, Patrick Scully!

Las muchachas, en adhesión a este lema, lanzaron resoplidos de desdén en dirección a aquellos temblorosos cómplices: el vaquero y el hombre del este. Pronto se lo llevaron a Johnnie y abandonaron a los tres hombres a sus lúgubres reflexiones.

VII

-Me gustaría pelearme yo mismo con ese holandés -dijo el vaquero, rompiendo un largo silencio.

Scully sacudió tristemente la cabeza.

-No, eso no puede ser. No sería justo. No sería justo.

-Bueno, y ¿por qué no sería justo? -arguyó el vaquero-. No veo ningún mal en ello.

-No -contestó Scully con sombrío heroísmo-. No sería justo. La pelea era con Johnnie y ahora no podemos pegarle a un hombre por el simple motivo de que le haya pegado a Johnnie.

-Sí, eso es cierto -dijo el vaquero-; pero le conviene al sueco no hacerse el fresco conmigo, pues yo no podría soportarlo más.

-Usted no le dirá una sola palabra -ordenó Scully, y entonces escucharon los pasos del sueco en la escalera.

Su entrada fue teatral. Lanzó la puerta hacia atrás con un golpe violento y se adelantó jactancioso hasta el medio de la habitación. Nadie lo miró.

-Bueno -le gritó con insolencia a Scully-. ¿Supongo que me dirá ahora cuánto le debo?

El viejo se mantuvo impasible. -No me debe nada.

-¡Ah! -dijo el sueco-. ¡Ah! No le debo nada. El vaquero le habló al sueco:

-Forastero, no veo por qué tiene que mostrarse tan contento por aquí.

El viejo Scully se puso inmediatamente alerta.

-¡Basta! -gritó, extendiendo la mano con los dedos vueltos hacia arriba-. ¡Bill, cállese usted! El vaquero escupió con indiferencia en la caja de aserrín.

-No dije nada, ¿verdad? -preguntó.

-Señor Scully-exhortó el sueco-, ¿cuánto le debo?

Se podía observar que estaba vestido para irse y que llevaba su valija en la mano.

-Usted no me debe nada -repitió Scully con la misma manera imperturbable.

-¡Ah! -dijo el sueco-. Creo que usted tiene razón. Creo que si hubiera que considerar las cosas, sería usted el que me debería algo. Eso es lo que pienso. -Se volvió hacia el vaquero.- ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! -imitó, y luego lanzó una carcajada triunfante-. ¡Mátalo! -Se moría de risa.

Pero tanto le hubiera valido burlarse de los muertos. Los tres hombres se mantenían inmóviles y silenciosos, clavando una mirada vidriosa en la estufa. El sueco abrió la puerta y salió a la tormenta, echando hacia atrás una mirada de escarnio en dirección al grupo inmóvil.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Scully y el vaquero se pusieron de pie de un salto y comenzaron a maldecir. Caminaban de un lado a otro, agitando los brazos y dando golpes en el aire con los puños.

-¡Oh, ése sí que fue un mal rato -gimió Scully-. ¡Ese sí que fue un mal rato! ¡Ese sueco mirándonos de soslayo y burlándose! ¡Hubiera pagado cuarenta dólares por darle un puñetazo en la nariz en ese momento! ¿Cómo pudo soportarlo, Bill?

-¿Cómo pude soportarlo? -exclamó el vaquero con voz temblorosa-. ¿Cómo pude soportarlo? ¡Oh!

El viejo se puso, de pronto, a hablar con acento irlandés.

-¡Me gustaría agarrar a ese sueco -dijo en tono quejumbroso-, sujetarlo contra un piso de piedra y hacerlo pulpa con un palo!

El vaquero gruñó en forma comprensiva. -Me gustaría agarrarlo por el cuello y machacarlo -dio un golpe sobre la mesa con la mano que sonó como un tiro de pistola-, ¡machacar a ese holandés hasta que no pudiese ver la diferencia entre él mismo y un... coyote muerto!

-Lo golpearía hasta...

-Le demostraría ciertas cosas...

Y luego, juntos, lanzaron un grito anhelante y fanático.

-¡Oh-o-oh! Si sólo pudiéramos...

-¡Sí!

-¡Sí!

-Y luego yo le...

-¡Oh-o-oh!

VIII

El sueco, sujetando fuertemente su valija, hacía frente a la tormenta como si llevase velas. Seguía una hilera de pequeños árboles desnudos y retorcidos que, según subía, marcaban sin duda el recorrido del camino. Su rostro, aún sensible por los recientes golpes de puño de Johnnie, sentía más placer que dolor en medio del viento y la nieve impetuosa. Una cantidad de formas cuadradas surgieron, finalmente, frente a él, y reconoció en ellas las casas que

formaban el centro del pueblo. Encontró una calle y la recorrió, encorvándose contra el viento cada vez que, en las esquinas, lo sorprendía alguna tremenda ráfaga.

Podría haberse hallado en un pueblo desierto. Nos representamos al mundo lleno de una humanidad victoriosa y alegre, pero aquí, en medio del estruendo de las trompetas de la tempestad, era difícil imaginar una tierra poblada. Entonces la existencia del hombre se presenta como algo prodigioso y uno atribuye a un milagro extraordinario que esos piojos se vean inducidos a aferrarse a una esfera que gira, asolada por el fuego, bloqueada por el hielo, castigada por las enfermedades y perdida en el espacio. En medio de esa tormenta se revelaba que la presunción del hombre era el verdadero motor de la vida. Uno era un engreído para no tener que sucumbir. Sin embargo, el sueco encontró una cantina.

Frente a ésta flameaba una indomable luz roja y los copos de nieve iban tomando un color de sangre a medida que volaban a través del territorio limitado por el resplandor de la lámpara. El sueco empujó la puerta de la cantina y entró. Un espacio arenoso se extendía frente a él, y al fondo, cuatro hombres estaban sentados bebiendo alrededor de una mesa. Hacia un costado del salón se extendía un brillante mostrador, y su guardián, apoyado sobre los codos, escuchaba la conversación de los hombres de la mesa. El sueco dejó caer su valija en el suelo y, sonriendo de modo fraternal al cantinero, le dijo:

-Déme un poco de whisky, ¿quiere?

El hombre colocó una botella, un vaso de whisky y un vaso de agua muy helada sobre el mostrador. El sueco se sirvió una medida anormal de whisky y lo bebió en tres tragos.

-Es una noche bastante mala -observó el cantinero con indiferencia. Simulaba esa ceguera que es en general característica de su clase, pero se hubiese podido observar que estudiaba furtivamente las semiborradas manchas de sangre del rostro del sueco-. Mala noche -dijo de nuevo.

-Oh, para mí es bastante buena -replicó intrépidamente el sueco, mientras se servía más whisky. El cantinero tomó su moneda y procedió a su recepción mediante una caja registradora abundantemente niquelada sonó una campanilla; una tarjeta que marcaba "20 centavos" hizo su aparición.

-No -prosiguió el sueco-, este tiempo no es demasiado malo. Para mi es bastante bueno. -¿Ah, sí? -murmuró lánguidamente el cantinero.

Los copiosos tragos hacían desviar los ojos del sueco, y su respiración se había hecho un tanto más pesada.

-Sí, me gusta este tiempo. Me gusta. Me sienta bien. -Era su intención, en apariencia, impartir a estas palabras un hondo significado.

-¿Ah, sí? -murmuró el cantinero otra vez. Se volvió para mirar con aire soñador a los pájaros semejantes a volutas y a las volutas semejantes a pájaros que habían sido dibujados con jabón en los espejos de la parte posterior del mostrador.

-Bueno, creo que tomaré otra copa -dijo el sueco al poco rato-. ¿Quiere tomar algo?

-No, gracias; no bebo -contestó el cantinero. Después preguntó:

-¿Cómo se ha golpeado la cara? El sueco comenzó, inmediatamente, a vanagloriarse en voz alta.

-¡Cómo, en una pelea! Le di una paliza a un hombre allí en el hotel de Scully. .

El interés de los cuatro hombres en la mesa se había despertado al fin.

-¿Quién era? -dijo uno de ellos.

Johnnie Scully -fanfarroneó el sueco-. Es el hijo del hombre que dirige el hotel. Estará medio muerto durante algunas semanas, se lo puedo asegurar. Lo dejé en un lindo estado, sí, señor. No podía levantarse. Lo llevaron hasta la casa. ¿Quieren tomar algo?

Al instante los hombres, de manera sutil, se encerraron en una actitud de reserva.

-No, gracias -dijo uno de ellos.

La formación del grupo era algo curiosa. Dos de ellos eran destacados hombres de negocios del lugar, otro, el fiscal del distrito; y otro era un jugador profesional, del tipo conocido como "honrado". Pero un escrutinio del grupo no hubiese permitido al espectador diferenciar al jugador de los hombres cuyas ocupaciones eran más respetables. Este era en realidad un hombre de modales tan finos cuando se hallaba entre gente de la clase honrada, y tan prudente en la elección de sus víctimas, que la parte estrictamente masculina de la vida del pueblo había acabado por tenerle una confianza y admiración explícita. La gente decía que era bien nacido. El miedo y el desprecio con que se consideraba a los de su oficio explicaban sin duda por qué razón su tranquila dignidad superaba la tranquila dignidad de los hombres que podrían no ser más que sombrereros, marcadores de billar, o empleados de tiendas de comestibles. Con excepción de uno que otro viajero imprudente que llegaba por tren, se suponía que este jugador acechaba solamente a los granjeros derrochadores y seniles, quienes, cuando las buenas cosechas los enriquecían, hacían su entrada en el pueblo con todo el orgullo y presunción de una estupidez absolutamente invulnerable. Cuando oían hablar del despojo de un granjero semejante, los hombres importantes de Romper se reían con desprecio de la víctima y, si llegaban a pensar en el lobo, lo hacían con una especie de orgullo en la conciencia de que éste jamás se atrevería a penar en atacar su prudencia y coraje. Además, era voz popular, este jugador tenía una esposa de verdad y dos hijos de verdad en una linda casa de campo de los suburbios, en la que llevaba una vida doméstica ejemplar; y cuando alguien sugería alguna discrepancia sobre su carácter, la multitud inmediatamente voceaba descripciones de su virtuoso círculo familiar. Los individuos que llevaban una vida doméstica ejemplar, y los individuos que no llevaban una vida doméstica ejemplar, todos se apaciguaban al unísono, comentando que no había nada más que decir.

Con todo, cuando se le impuso una restricción -como, por ejemplo, cuando un poderoso grupo exclusivista de miembros del nuevo club Pollywog rehusó permitirle, inclusive como espectador, que apareciera en los salones de su organización-, el candor y la docilidad con que aceptó esta decisión desarmó a muchos de sus enemigos e hizo de sus amigos partidarios aún más desesperados. Hacía invariablemente una distinción rápida y sincera entre él mismo y un hombre respetable de Romper que, en realidad, su manera de ser aparentaba ser un continuo y amplio cumplido.

No debemos olvidarnos de declarar el motivo fundamental de la posición que gozaba en Romper. Es un hecho irrefutable que, en todos los asuntos ajenos a su profesión, en todas las cuestiones que ocurren eterna y generalmente de hombre a hombre, este rapaz jugador de cartas era tan generoso, tan justo, tan moral, que en un certamen podía poner en fuga las conciencias de nueve de cada diez ciudadanos de Romper.

Y así ocurrió que se hallaba sentado en esta cantina con dos prominentes comerciantes locales y el fiscal del distrito.

El sueco seguía tomando whisky puro mientras charlaba con el cantinero y trataba de que accediera a tomar unas copas.

-Vamos, tome algo. ¡Vamos! ¿Qué... no?

Bueno, tómese un trago pequeño, entonces. Por Dios, esta noche le di una paliza a un hombre y quiero celebrarlo. Y la verdad es que le di una paliza. Caballeros -gritó el sueco a los hombres de la mesa-, ¿quieren tomar algo?

-¡Ssh! -dijo el cantinero.

El grupo de la mesa, aunque disimuladamente atento, pretendía en realidad hallarse absorto en una conversación, pero ahora uno de los hombres levantó la vista hacia el sueco y dijo con sequedad. -Gracias. Ya no queremos tomar más. Frente a esta contestación, el sueco encrespó el torso como un gallo.

-Vaya -estalló-, parece que no puedo conseguir que alguien tome un trago conmigo en este pueblo. Parecería que es así, ¿verdad? ¡Vaya!

-¡Ssh! -dijo el cantinero.

-Oiga -gruñó el sueco-, no trate de hacerme callar. Soy un caballero y quiero que la gente tome un trago conmigo. Y quiero que lo tomen ahora. Ahora..., ¿entiende? -golpeó el mostrador con los nudillos.

Años de experiencia habían endurecido al cantinero. Se limitó a poner mala cara.

-Ya lo oí -contestó.

-Bueno -gritó el sueco-, escuche bien, entonces. ¿Ve a esos hombres sentados allá? Bueno, ellos van a beber conmigo, y no se olvide usted de lo que le digo. Observe ahora.

-¡Oiga! -gritó el cantinero-, ¡eso no puede ser!

-¿Y por qué no puede ser? -preguntó el sueco. Se dirigió con paso majestuoso hacia la mesa y, por casualidad, puso la mano sobre el hombro del jugador.

-¿Qué me dice?-preguntó airadamente-. Le pedí que tomase un trago conmigo.

El jugador se limitó a dar vuelta la cabeza por encima del hombro.

-Mi amigo, no lo conozco.

-¡Oh diablos! -contestó el sueco-. Venga a tomar un trago.

-Bien, muchacho -aconsejó gentilmente el jugador-, saque la mano de mi hombro y ocúpese de sus asuntos.

Era un hombrecillo pequeño y delgado y resultaba extraño oírle usar ese tono de condescendencia heroica con el corpulento sueco.

Los otros hombres de la mesa no dijeron nada.

-¡Cómo! ¿No va a tomar un trago conmigo, el caballerito? ¡Lo obligaré a hacerlo, entonces! ¡Lo obligaré!

El sueco había tomado frenéticamente al jugador por el cuello y lo arrastraba desde su silla. Los otros hombres se pusieron en pie de un salto. El cantinero salió corriendo por una de las esquinas del mostrador. Se produjo un gran tumulto, y luego se vio una larga hoja de navaja en la mano del jugador. Esta fue lanzada hacia adelante y un cuerpo humano, esa ciudadela de virtud, sabiduría y poder, fue traspasada tan fácilmente como si hubiese sido un melón. El sueco cayó con un grito de supremo asombro.

Los prominentes comerciantes y el fiscal del distrito deben de haber retrocedido tumultuosamente de inmediato, hasta encontrarse fuera de la cantina. El cantinero se descubrió a sí mismo sosteniéndose flojamente del brazo de una silla y clavando su mirada en los ojos de un asesino.

-Henry -dijo este último, mientras limpiaba la navaja en una de las servilletas que colgaban de la barandilla del mostrador-, tú les dices dónde me van a encontrar. Estaré en casa esperándolos. -Luego desapareció.

Un momento más tarde el cantinero estaba en la calle, en medio de la tormenta, pidiendo a gritos ayuda y, además, compañía.

El cadáver del sueco, que había quedado solo en la cantina, tenía los ojos fijos en un terrible letrero colocado en la parte superior de la caja registradora: "Esto registra el importe de su compra".

IX

Algunos meses más tarde, el vaquero se hallaba friendo un trozo de cerdo sobre la estufa de una pequeña granja de la frontera de Dakota, cuando se escuchó afuera el golpe sordo de pasos que se aproximaban rápidamente y, al poco rato, el hombre del este entró con las cartas y periódicos.

-Bueno -dijo el hombre del este inmediatamente-, al tipo que mató al sueco le dieron tres años. No es mucho, ¿verdad?

-¿Eso le dieron? ¿Tres años? -El vaquero posó la sartén con la carne de cerdo, mientras reflexionaba sobre las noticias.- Tres años. No es mucho.

-No. Fue una sentencia leve -replicó el hombre del este, a la vez que se desprendía de las espuelas-. Parece que se produjo un gran movimiento de simpatía a su favor allá en Romper.

-Si el cantinero hubiera servido para algo -observó el vaquero en tono persuasivo- le hubiese roto la cabeza a ese holandés con una botella de un comienzo y así se evitaba todo este asunto del asesinato.

-Sí, mil cosas pudieron haber pasado -dijo, agriamente, el hombre del este.

El vaquero volvió a poner la sartén con la carne de cerdo en el fuego, pero prosiguió con su filosofía. -Es extraño, ¿verdad? De no haber dicho él que Johnnie hacía trampa, hubiera estado vivo en este instante. Era un tremendo imbécil. Además que jugábamos para divertirnos. No por dinero. Creo que el tipo era loco.

-Le tengo lástima a ese jugador -dijo el hombre del este.

-Oh, yo también -dijo el vaquero-. No merece ningún castigo por haber matado a ese tipo. -El sueco podría estar vivo si todo hubiese sido correcto.

-¿Podría estar vivo? -exclamó el vaquero-. ¿Todo hubiese sido correcto? ¿Por qué, si dijo que Johnnie estaba haciendo trampa y se portó de un modo tan imbécil? Y luego, en la cantina, ¿no hizo lo posible para que lo hirieran?

El vaquero con estos argumentos acorraló al hombre del este, el cual reaccionó furiosamente.

-¡Usted es un idiota! -gritó el hombre del este, rencorosamente-. Usted le gana en imbecilidad al sueco por una mayoría de un millón. Ahora permita que le diga una cosa. Permita que le diga algo. ¡Escuche! Johnnie estaba haciendo trampa. Johnnie... -dijo el vaquero. Hubo un minuto de silencio, y luego dijo con tono enérgico:

-No puede ser. Sólo jugábamos para divertimos. -Para divertirnos o no -dijo el hombre del este-, el hecho es que Johnnie hacía trampa. Yo lo vi. Lo sé. Lo vi. Y me negué a ponerme de pie y ser un hombre. Permití que el sueco peleara solo. Y usted..., todo lo que usted hacía era resoplar alrededor de la habitación y decir que quería pelear. ¡Y luego el propio viejo Scully! ¡Todos tenemos nuestra parte! Este pobre jugador no es ni siquiera un nombre. Es una especie de adverbio. Todo pecado es el resultado de una colaboración. Nosotros, nosotros cinco hemos colaborado en el asesinato de este sueco. En general hay de una docena a cuarenta mujeres realmente implicadas en cada asesinato, pero en este caso parece que hay sólo cinco hombres: usted, yo, Johnnie, el viejo Scully, y ese imbécil jugador desdichado sólo surgió como la culminación, el ápice de un movimiento humano, y recibe todo el castigo.

El vaquero ofendido, rebelándose, exclamó ciegamente en medio de la neblina de esa misteriosa teoría:

-Bueno, yo no hice nada, ¿verdad?